

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO
Teror, 8 de Septiembre de 2008

Queridos Hermanos todos:

Hoy celebra la Comunidad cristiana de todo el mundo la fiesta del Nacimiento de la Madre de Jesús. En el día del cumpleaños de nuestra Madre, cuando la festejamos como Patrona de la Villa de Teror, de la Isla de Gran Canaria y de la Diócesis toda, nos ponemos a recordar en familia "las cosas de la Madre", sus palabras, sus gestos, sus silencios. Pero recordar las "cosas de la Madre", volverlas a pasar por el corazón (que eso es re-cordar), es recordar "las cosas de Jesús su Hijo". Hoy hacemos realidad muy visible el texto del Libro de los Hechos de los Apóstoles que hemos traído a nuestra memoria creyente: los Apóstoles, con los primeros creyentes reunidos en el Cenáculo, rezando, "con María la Madre de Jesús". ¡Cómo repasarían entonces, en aquella espera de Pentecostés, las cosas que habían vivido con el Maestro! ¡Cómo repasarían y escucharían de labios de María, la Madre, las cosas que sólo de su corazón creyente y de sus labios de Madre, podían escuchar y aprender! Hoy somos nosotros quienes nos reunimos con la Madre, a repasar "las cosas de su Hijo".

Pero llegamos a este encuentro con nuestra Madre y con Jesús, el Señor Resucitado, en este día de Fiesta, con al menos tres heridas, que no podemos cerrar. La de la muerte, de tantos hermanos nuestros que nos arrancó un absurdo accidente en Barajas, y que hemos ido despidiendo gota a gota, con el dolor clavado entre el silencio, la queja dolorida y la esperanza; la de la muerte, de tantos hermanos nuestros que, intentando una y otra vez llegar a nuestras costas, se pierden una y otra vez a uno o a muchos pasos de la meta y se dejan la vida en el camino. Tres heridas. La de la vida, que duele y se va haciendo difícil y hasta imposible para muchos, por la crisis que no todos pagamos igual. Tres heridas. La del amor, de una sociedad que no termina de encontrar la fuente de donde beber para que la familia sea una buena cuna para la sociedad.

Llevamos las lágrimas demasiado húmedas todavía en los rostros. No podemos prescindir de los problemas angustiosos, que nos preocupan en la realidad de cada día, al presentarnos ante la Madre a festejar su día. Ni podemos nosotros ni lo quiere Ella. Reflexionando sobre este contraste -problemas que nos agobian, fiesta que necesitamos celebrar- he traído a la memoria creyente de mi corazón el pasaje del Evangelio que acabamos de escuchar. Sucedió en Caná, y es de los más conocidos: un pueblo de Galilea, una boda, una prolongada celebración, unos invitados para nosotros

muy especiales, la Madre de Jesús, y el mismo Jesús. Un descuido o más de uno, y la fiesta puede irse al traste. Se está acabando el vino. María se da cuenta del momento y dice dos palabras. Una a su Hijo: "No les queda vino". Otra a los criados: "Hagan lo que Él les dice".

Me ha parecido ver en este relato una parábola de lo que nos está pasando. En medio del bullicio de nuestra vida, atenta y solícita muchas veces, indiferente frívola y descuidada otras, suena una palabra de Madre: Se está acabando el vino, se termina la alegría y la esperanza. El bullicio y la diversión están tapando bastante tristeza, bastante soledad, bastante desaliento. Ya no hay lugar para la fiesta. Hay que pensar y hacer algo.

Para algunos quizás este tipo de aviso suene a mal augurio para la fiesta de la vida, que debe seguir su curso inalterable. Incluso se puede considerar de mal gusto estropear la celebración con tales despropósitos. Estoy tratando de reflexionar como creyente y para creyentes, mirando la figura de nuestra Madre en Caná. En el día mayor de la Fiesta, no podemos poner entre paréntesis lo que nos pasa, lo que nos hace sufrir, lo que incluso pretende quitar el sentido y el significado a todo lo que hacemos. Si la fe no sirve para dar sentido y significado a lo que vivimos, si la fe no sirve para iluminar todos los momentos de nuestra vida, también los trágicos, y llenarlos de esperanza, debemos suprimirla. La fe no puede servir de coartada para el olvido y la frivolidad.

Lamentablemente -y éste es precisamente el problema- hay una forma de vivir los acontecimientos religiosos que, poniendo todo el acento en los aspectos emocionales, convierte la religión y el cristianismo en adormidera de los problemas diarios. Y, en nombre de la consigna: *recuperemos las tradiciones*, no hacemos otra cosa que potenciar lo lúdico, lo folklórico, lo cultural, pero sin atender suficientemente a las actitudes y comportamientos que configuran realmente y a fondo el ser creyente.

Tengo la experiencia, que no es solo impresión, de que cuando hablo de este tema, hay oyentes que en seguida adjudican mis palabras a destinatarios locales o nacionales, como si se estuviera hablando en singular para este o aquel o aquellos políticos. El tema no es sólo canario, ni siquiera sólo español. Lo he escuchado de labios del Santo Padre Benedicto XVI dirigiéndose a gentes de países tan distantes geográficamente como Alemania, Estados Unidos o Australia. Y esto no significa que, por la distancia, no nos afecte, sino todo lo contrario: que, desde la perspectiva creyente -y para creyentes hablo-, nos afecta a todos.

No hace todavía dos meses que el Papa hablaba en Sydney de este modo: *"con mucha frecuencia nos encontramos inmersos en un mundo que quisiera dejar a Dios «aparte». En nombre de la libertad y la autonomía humana, se pasa en silencio sobre el nombre de Dios, la religión se reduce a devoción personal y se elude la fe en los ámbitos públicos. A veces, dicha mentalidad, tan diametralmente opuesta a la esencia del Evangelio, puede ofuscar incluso nuestra propia comprensión de la Iglesia y de su misión. También nosotros podemos caer en la tentación de reducir la vida de fe a una cuestión de mero sentimiento, debilitando así su poder de inspirar una visión coherente del mundo y un diálogo riguroso con otras muchas visiones que compiten en la conquista de las mentes y los corazones de nuestros contemporáneos."* (Benedicto XVI, Sydney. Catedral. Obispos... 190708)

La advertencia del Papa afecta a los creyentes: *la religión se reduce a devoción personal y se elude la fe en los ámbitos públicos.* Sí, ciertamente dejamos el ámbito público para las manifestaciones religiosas, pero cuando no molesta, cuando no influye o influye poco en la vida, cuando no afecta a los parámetros que regulan la convivencia ciudadana. *También nosotros* –continúa el papa– *podemos caer en la tentación de reducir la vida de fe a una cuestión de mero sentimiento.* Y cuando esto se plantea así, nos dice, se pierde la capacidad de iluminar coherentemente la vida de cada día, y no es posible entablar el diálogo que la sociedad necesita afrontar entre las distintas visiones de la vida para que esa misma vida sea realmente humana.

El sentimiento de alegría que en la fiesta de hoy experimentamos no contradice estos criterios. Si nos quedamos en el mero sentimiento, si no pasamos del bullicio y la juerga a la verdadera fiesta, nuestra fe es inútil, y como inútil, no aporta nada importante a la marcha de la sociedad. Y estoy convencido de que la fe cristiana aporta mucho y muy serio a la vida de la sociedad. Hoy nos alegramos de felicitar a la Madre del Pino, y nos alegramos de reunirnos a su lado, en torno al altar que nos prepara su Hijo, y en torno a tantos rincones de sana fiesta que sabemos organizar.

Y nuestra alegría va vinculada a un deseo o intención de compromiso, porque la palabra de la Madre que escuchamos no sólo es una advertencia que señala el riesgo, un aviso de alarma: *"No les queda vino"*. La voz de la Madre continúa y nos muestra el camino de la fuente, y la Fuente misma: *"Hagan lo que Él les dice"*. En la fiesta de la vida, nos dice, escuchen la voz de mi Hijo, usen sus criterios, sitúense ante los demás y ante las cosas como Él se situó, actúen como Él actuó, lloren como Él con los que lloran, tengan misericordia

como Él la tiene, trabajen como Él por la paz, perdonen como Él, ayuden como Él, sirvan como Él, sean auténticos.

Este “como Él” repetido una y otra vez, tiene su profundo secreto y también la Madre nos lo enseña. María, la que más se parece a su Hijo en todo, la que más es “como Él”, ha hecho que el mundo sea mejor a su alrededor y por todas partes, porque ha aportado al mundo la Esperanza, al aportar al mundo a su Hijo Jesús. Y esa es la misión de los creyentes en Cristo: aportar al mundo la Esperanza, haciendo presente a Cristo en la vida de cada día.

Cristo hace que el mundo sea mejor, cambiando el agua de nuestros formalismos exteriores, de nuestros cumplimientos sin alma, de nuestros meros sentimientos, en el vino que representará en la Cena del Jueves Santo la donación de su sangre, la entrega de su vida. Su Hijo hace que el mundo sea mejor, porque sana el corazón humano, la pieza realmente decisiva para el funcionamiento de la sociedad.

No se consigue la paz firmando y publicando tratados de paz, -itanos se han firmado!- sino sanando el corazón violento y haciéndolo pacífico, y el corazón pacífico realiza la paz a su alrededor, en la familia, en la ciudad y entre los pueblos.

No se consigue la solidaridad que acaba con el hambre y la injusta desigualdad con un decreto de reparto de los bienes del mundo. Se consigue sanando el corazón egoísta, haciéndolo fraternal. Y el corazón de hermano construye una sociedad sin hambre y sin injusticia.

Hoy, hermanos, es día de alegrarnos con la Madre, de sentir su Patronazgo. Hoy es día de escuchar su palabra, la que nos advierte lo que nos falta, y la que nos indica dónde encontrar la Fuente de la Alegría, de la Paz y la Esperanza. En esa Fuente que es Cristo, nuestras heridas, todas nuestras heridas, encuentran salvación.

+ Francisco Cases Andreu
Obispo de Canarias